

edictos, convocando á peregrinaciones ó repitiendo hasta el hastío bien conocidas leyendas, probables lo contrario, con sólo mostrarles el bellissimo libro salido de las prensas del egregio Prelado, á quien os invito á saludar, en unión mía, con los aplausos más cordiales.



DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO

SEMINARIO DE SAN LUIS POTOSÍ, LA NOCHE

DEL 30 DE OCTUBRE DE 1902.



CON insólitas ceremonias ha empezado este día la distribución de nuestros premios. Me habéis visto bendecir la nueva construcción que constituirá el ala izquierda del Seminario, y la parte central destinada al Observatorio y al Gabinete de Física. Pues la ocasión lo requiere, os trazaré, á grandes rasgos, el origen y la historia del nuevo y del viejo edificio, así como del gabinete y observatorio que acabo de mencionar.

Estaba recién erigida la diócesi de San Luis Potosí, cuando sobrevino el cataclismo que produjo el actual orden de cosas; y el Gobierno quitó al Obispado el edificio que acababa de darle para Colegio. Seminaristas y profesores estuvieron varios años sin casa ni hogar, dándose las clases en los domicilios particulares de los últimos, ó en algún pequeño local, prestado ó alquilado al efecto. Al fin, en el año de 1870, siendo Obispo mi predecesor, el Ilmo. Sr. D. Manuel del Con-

de, se adquirió la propiedad de la casa que ahora nos alberga, aunque sus dimensiones y su forma eran muy diferentes de las actuales.

Era una *casa de ejercicios*, toscamente construida, y, como nos dice el Canónigo Peña en sus «Apuntes Históricos sobre San Luis,» sólo pudieron aprovecharse la Capilla y el muro exterior. Yo la conocí, siendo Vicario Capitular el lamentado D. Nemesio Cabañas; y aunque sólo constaba de un piso bajo, tenía ya los vastos corredores que veis, el cuadro estaba completo, la capilla bien decorada y al lado izquierdo se veía un pequeño patio con unos aposentos á que se daba el nombre de *clerical*. Mi inmediato predecesor, el Ilmo. Sr. Corona, construyó la parte del segundo piso, que mira al frente, con su correspondiente galería.

Poco después vine yo á la diócesi; y lo que tanto había admirado como Obispo de Tamaulipas, me pareció insuficiente como Prelado propio del Potosí. Compré inmediatamente las casas que se levantaban al lado Sur, edifiqué el segundo piso por los tres rumbos que faltaban, y seguí comprando las casas contiguas, con intención de prolongar el colegio por el lado izquierdo de la fachada.

No me fué posible hacerlo inmediatamente. Como no sólo el número de profesores y de alumnos aumentó rápidamente, sino que tuve el honor de dar hospitalidad al numeroso escolasticado de la Provincia Mejicana de la Compañía de Jesús, las casas que adquiría se llenaban inmediatamente, y para derribarlas y reconstruirlas,

habría sido preciso lanzar á la calle á más de la mitad de los que se albergaban en el Seminario.

Lo dividí en dos, cediendo á los Teólogos mi propio Palacio; pero acontecimientos dolorosos y no previstos, hicieron que á poco tiempo se volvieran ambos colegios á juntar en uno solo, y á encerrarse en este mismo local. Á pesar de los fracasos y descalabros que no habéis olvidado, y de que no quiero acordarme, el número de profesores y de alumnos continuó siendo tan grande, que, al partir para el Concilio Plenario de la América Latina, en 1899, el Rector que acababa de suceder al R. P. Cipriano Rojas, me instó á que edificara un refectorio mayor. No pude resistir á una súplica tan halagadora, pues no sólo comprendí que la situación presente era próspera, sino que lo porvenir se vislumbraba sobrado lisonjero.

Al volver del Concilio, á fines del año subsiguiente de 1900, la situación había cambiado, y los desengaños continuaron en 1901. No sólo no era ya necesario el deseado refectorio, sino que parecían desiertas las aulas y las galerías; y los dormitorios que hacía pocos meses no podían contener á los alumnos, se vaciaban cada día más y más.

Con todo, no me desanimé, y las obras de construcción continuaron, al grado que la fachada del Seminario Conciliar, que antes medía poco más de *cincuenta y cinco metros*, hoy presenta una longitud de *ciento diez y seis y setenta y cinco centímetros*. Es la parte que hoy hemos inaugurado.

Cuando me hice cargo de la diócesi, el gabinete de Física se hallaba en embrión. Compré entonces el que mi lamentado amigo, el Abad que fué después de Guadalupe, D. Antonio Plancarte y Labastida, acababa de adquirir para su Colegio de Jacona, que el adverso destino le obligó á cerrar en esos días. Nuevos instrumentos lo aumentaron, ya comprados en las fábricas mismas, ya cedidos por el docto Profesor, Canónigo D. Pedro Castro. Bajo los cuidados, más que paternales de este buen catedrático, prosperó muchos años. Además del conocimiento teórico y del amor á la ciencia, su aptitud para los trabajos mecánicos, el cariño á cada instrumento, que á su vista puede decirse que había nacido, y el interés por su *Alma Mater*, lo movían á cuidar el querido gabinete como las niñas de sus ojos, y á defenderlo no sólo de los estragos del tiempo y de las inclemencias de la atmósfera, sino de manos profanas é ignorantes.

El incomparable mérito del eximio profesor se conoció principalmente cuando, en 1897, fué separado de la clase. Al volver á encargarse de ella, á principios del año escolar que hoy termina, ha tenido que emprender una verdadera obra de restauración. Ha empleado todos sus ratos de ocio en arreglar instrumentos descompuestos, en buscar, encontrar ó substituir piezas perdidas; y mucho ha logrado. No obstante, el gabinete, al ponerse en el nuevo local, distará mucho de ser el que se admiraba hace siete años: del laboratorio de Química casi no existe una pieza. Espero, á pesar de

todo, reponerlos con creces, muy en breve; y amañado por la dolorosa experiencia, tomaré medidas para que no se vuelva á verificar otro desastre.

Siendo Rector el P. Tomás de Aquino Más, de la Compañía de Jesús, se estableció el Observatorio, construyéndose una torrecilla provisional y dotándose de instrumentos para toda clase de observaciones meteorológicas y algunas astronómicas. Funcionó durante su rectorado, y los del P. Heraclio de la Cerda, entonces de la Compañía de Jesús, y del P. Cipriano Rojas, de la Congregación de la Misión, y al partir para el referido Concilio, lo dejé en plena actividad. Al volver, lo encontré convertido en dormitorio; el anemómetro yacía en un rincón con sus aletas enmohecidas, á guisa de mariposa que cae moribunda al quemársele las alas, y los demás instrumentos estaban amontonados en su derredor. Juzgué que lo más prudente era demoler la torrecilla provisional (y así os lo anuncié hace dos años) y construir en el centro del edificio la que acabamos de bendecir. Nos limitamos por de pronto á observaciones meteorológicas, porque á los telescopios también faltó el cuidado paternal, único capaz de librar instrumentos delicados de manos destructoras.

No sólo á la parte material se ha limitado nuestra obra de restauración, y ojalá fuera tan fácil como ésta la restauración moral. Sabéis que empezado ya el curso, abandonaron en masa colegio y diócesi los miembros de la familia religiosa que lo dirigían. De la noche á la mañana, tuve que improvisar directores y ca-